

LA UNIDAD CATÓLICA,

ÓRGANO

DE LAS ASOCIACIONES DE CATÓLICOS DE LAS BALEARES,

BAJO LA DIRECCION DE

D. JOSÉ MARÍA QUADRADO.

Esta Asociacion no solamente esquivada sino que rechaza todo cuanto pueda dar ni aun sombra de pretexto para que se la confunda con ningun partido político.

MANIFIESTO DE LA CENTRAL DE MADRID.

Sabemos desde ahora que se intentará negarlo; conocemos todo el interés que habrá en aparentar desconocerlo; pero ante Dios y ante la patria aseguramos que esta es la verdad.

IDEM.

LA IGLESIA SIEMPRE MILITANTE.

III.

Tal es la condicion particular del hombre y en general de la humanidad: el mayor conocimiento trae consigo mayor incertidumbre; la ignorancia y el vacío se ensanchan como el horizonte, á medida que el espectador se eleva á mas encumbrada altura. Limitadas como son en sí las facultades humanas, cuanto mas se dilatan y desarrollan, mas estrechas se sienten y comprimidas dentro de las barreras que aprisionan su expansiva fuerza, creciendo con la investigacion las dudas, con las adquisiciones los deseos, con los goces el tedio ó la ansiedad; el fruto del árbol de la ciencia con que el orgullo aspira á glorificarse, asomado apenas á los labios, le muestra toda la desnudez y fragilidad de que antes no se apercibia. De esta suerte los siglos y las naciones que mas se han distinguido por su actividad intelectual ó por su avanzada cultura, son tambien los que mas han padecido de inquietud profunda y de impaciente malestar; y al paso que van acallándose los dolores físicos y satisfaciéndose las necesidades materiales, nacen ó se manifiestan las del órden moral, créanse otras nuevas con la holganza y el refinamiento, y cobran vehemencia las cavilaciones del espíritu ó las angustias del corazon. La idea exagerada que formaron de su poder y de su

grandeza aumenta el sentimiento de su impotencia y pequeñez; y creyéndose presuntuosamente harto superiores á los demás, sin razon se reputan tambien los mas infortunados. La observacion agrava los males, la prevision los temores; la misma abundancia de medios y recursos aumenta el embarazo de la eleccion y el peso de la responsabilidad.

Desde el siglo XVI, acá la humanidad se ocupa de sí misma abstractamente, estudia sus dolencias, interroga sus destinos: todo grande acontecimiento ha sido objeto de prolijo análisis en sus causas, de opuestas conjeturas en sus resultados; toda importante innovacion en los hechos ó en las ideas ha sido vista con alarma ó saludada con transportes de entusiasmo. Apoderada la discusion de los sistemas filosóficos, de las instituciones políticas, de los problemas sociales, de las cuestiones morales y hasta de las creencias religiosas, las ha presentado bajo todos aspectos, las ha resuelto en todos sentidos; y en este exámen y descomposicion general, unas dolencias se han desplegado con mas fuerza, otras se han contraido nuevas, no atinándose con el remedio de ningunas, y subiendo de pueblo en pueblo, de generacion en generacion y de clase en clase, el descontento de lo presente, la zozobra del porvenir.

Por fortuna los siglos que precedieron inmediatamente al nuestro reconocian ciertos principios, ciertas instituciones, ciertas formas de la sociedad como inherentes á su esencia:

y tan indestructibles como ella misma; y cualesquiera fuesen las mudanzas y trastornos que previeran, no comprendían otro carril, otro cauce, otras leyes que rigieran su movimiento, por mas que variasen los accidentes del camino. No solo en religion y en moral, sino en política, en el gobierno, en la organizacion de las clases y de los poderes sociales, se veneraban ideas fijas, inveterados hábitos, inviolables tradiciones como perpetuos diques á cualquier innovacion temeraria; el mismo error, tímido aun y generalmente especulativo, no habia desenvuelto por completo sus gérmenes disolventes y su lógica formidable. La civilizacion llegaba entonces á su madurez y virilidad; cuerpos robustos, espíritus sanos, caracteres vigorosos, precision y abundancia en las ideas, delicadeza y fuerza en los sentimientos, vastos deseos contenidos dentro de la esfera de sus facultades, nada á la sazón adolecía de los fogosos y pasajeros arranques de la juventud primera, ni del cansancio y estéril prudencia de la vejez. Aquellos siglos adultos no conocían la enfermiza inquietud que nos devora, ni las quejas tan pueriles como nuestros caprichos; y sin embargo sus obras maestras, sus memorias íntimas, su historia pública nos revelan grandes miserias y serios temores, aun en medio de la situacion normal en que vivían y de la regularidad con que marchaban. ¿Qué grito de terror, qué desolado gemido no se les escapara, si hubieran presentido el terrible y general estremecimiento que aguardaba al mundo, el trastorno de las ideas, el desquiciamiento de la sociedad, la ruina de los mas fuertes puntales y antiquísimos cimientos en que libraban su conservacion? ¿Pudieran creer que la civilizacion, el órden, la humanidad misma sobrevivieran á tamaño cataclismo? ¿pudieran creer que aquellas pavorosas tinieblas encubrieran otra cosa que un abismo sin fondo y sin salida? Al figurarnos cual hubiera sido aquel espanto se tranquiliza singularmente el nuestro, y nos sentimos mas animados á arrostrar las azarosas contingencias de lo futuro, y mas confiados en los singulares recursos de la Providencia para que renazca ó mas

bien reaparezca entre las naciones todo lo que como esencial es perpetuo é inmutable, para que sea reemplazado sin peligro lo que es accidental y transitorio.

¿Quién no admira los portentosos triunfos de la religion en estos tres últimos siglos, en que el poder y la inteligencia humana envanecida de su pujanza, las pasiones y los errores entre sí conjurados, la ciencia sagrada bastardeada por los apóstoles de la reforma, y la profana esplotada por una incrédula filosofía y corrompida literatura, declararon al catolicismo furiosa guerra con todo género de armas en todas las esferas, en todas sus relaciones imaginables, aspirando á romper dóquiera sus vínculos, á desvirtuar su accion benéfica, á desalojar su augusta soberanía? Tiempos ha habido mas desconsoladores y mas profundamente sombríos que los presentes, en que la Europa se asombró de encontrarse casi entera protestante, y en que la herejía amenazó arrebatár á la verdad su cetro, disputándole por un momento su carácter de universalidad y su instantánea propagacion; tiempos en que la Iglesia se vió amenazada de perder su noble independencia bajo las doradas cadenas ó el exigente patrocinio de los gobiernos que como por gracia le permanecían adictos, y de convertirse poco á poco en subalterna del estado, so pena de provocar una lastimosa ruptura que hundiera á las naciones en las tinieblas del cisma; tiempos en que los gobiernos mismos conspiraban con la impiedad para humillar la dignidad de aquella, esterminar sus mejores huestes, mancillar, si posible fuese, su incorruptible pureza; tiempos en que la luz de la razon sublevada se jactaba de arrollar los resplandores de la fe cual fuegos fátuos que solo brillan entre las sombras, y en que la ciencia, la libertad, la civilizacion, el progreso y cuantos sonoros nombres pueden halagar al espíritu ó al corazón se presentaban en cerrada falange contra el catolicismo, inscribiendo *incredulidad* en sus banderas.

«Y bien! esclamará tal vez alguno: ¿no es esta acaso punto por punto la situacion presente?» No: terminantemente lo aseguro. El

mal y el error ván en aumento ¿quién lo duda? pero por lo mismo se deslindan mas sensiblemente del bien y de la verdad. La niebla es ya harto crasa para no aplastarse sobre el bajo suelo, y á medida que en él produce mayor oscuridad, deja mas serena y despejada la atmósfera en las alturas. Nadie se engaña hoy sino voluntariamente; nadie corre al precipicio sino sabiendo adonde corre. Hay quien quiere, proclamándolo mas ó menos ostensiblemente, el ateísmo en religion, la duda universal en las inteligencias, la anarquía en el gobierno, el caos en la sociedad; pero nadie puede en el dia desconocer que fuera de los principios propiamente católicos no caben ya creencias, ni moral, ni órden, ni firmeza y seguridad en nada. ¿Qué es lo que vemos al presente? al protestantismo cejando por todas partes, abismándose en la sima de sus negaciones ó asiéndose con fuerza á las raíces que aun le enlazan con la piedra indestructible de Cristo; vémosle capaz apenas de retener sus viejas conquistas, pero impotente para alcanzar otras nuevas en las regiones hasta aquí cerradas á su influjo, por mas que la política le proteja y la impiedad le abra paso; vemos á los gobiernos forzados á devolver á la Iglesia sus libertades, por mas que se guarden sus riquezas, ó á retroceder ante su actitud pacífica, tanto mas imponente en lo espiritual cuanto mas débil en lo humano; vemos á la autoridad y al poder obligados á derivar su origen y su fuerza del derecho, es decir de la justicia, si no han de abandonarse á las revolucionarias corrientes de la voluntad; vemos á la ciencia, si ha de ser otra cosa que rara teoría ó bárbara gerigonza, bautizándose humildemente, encendiendo su antorcha en la llama de la fé y devolviéndole con sus investigaciones el esplendor que de ella recibe; vemos á la libertad, si no ha de usurpar su nombre la demagógica dictadura, proclamando su cristiana procedencia y leyendo en ella sus deberes y sus garantías.

Cuando se contempla á los espíritus inquietos por el resultado de este augusto concilio, en que se ha proclamado con aquiescencia y sumision universal un dogma que

aun en circunstancias normales se conceptuaba árduo y peligroso; cuando se advierten los corazones lastimados por ese inicuo despojo, que ha arrancado el grito de reprobacion mas unánime y mas enérgico que jamás haya levantado la cristiandad; poniendo de relieve cual nunca la necesidad del poder temporal de la santa sede y el vigor imperecedero del espiritual; cuando se espantan los pueblos, temiendo cada cual por sí, de esas duras pruebas sufridas por el mas culto é infatuado de todos, de que tan provechosas lecciones emanan; se ocurre dirigir á los que consternados por los trabajos presentes ignoran ú olvidan los pasados, aquel verso de un poeta gentil y sin embargo de índole tan profundamente cristiana:

O passi graviora, dabit Deus his quoque finem.

J. M. Q.

LA MORAL CATÓLICA

POR ALEJANDRO MANZONI

traducida del italiano (*).

Introduccion.

El objeto de este libro es defender la moral de la Iglesia católica de las acusaciones que se le dirigen en el capítulo CXXVII de la *Historia de las repúblicas italianas de la edad media* (1).

Preténdese allí probar que de esta moral deriva en parte la corrupcion de la Italia. Y estando yo convencido de que ella es la única moral santa y razonable, de que toda corrupcion mas bien proviene de no conocerla, de infringirla, de interpretarla equivocadamente, y de que es imposible hallar contra ella un argumento de valía, he espuesto aquí las razones que manifiestan la debilidad de cuantos alega el ilustre autor de la mencionada historia.

(*) Cumplimos al fin la promesa empeñada en el número 105, primero de este tomo, empezando á publicar la excelente obra que no sabemos se haya impreso hasta hoy en castellano, y cuya esmerada traduccion debemos á un íntimo amigo. Se procurará interrumpirla lo menos posible para que mejor pueda saborearse su lectura.

(1) Publicóla su célebre autor Carlos Sismonde de Sismondi de 1807 á 1818, en diez y seis tomos, y es de lamentar que sus apasionados juicios contra los papas y su criterio casi volteriano desluzcan las eminentes dotes literarias de la obra. Este insigne historiador y economista, oriundo de Italia, pero natural de Ginebra y de secta calvinista, falleció ya septuagenario en 1842. (N. de la R.)

Flaco bien que sincero apologista de una moral cuyo fin es el amor, persuadido de que un sentimiento de benevolencia que brote en el corazón de un simple es más importante y noble que el más vasto y sublime concepto nacido de la mente de un pensador distinguido, y penetrado de que la diferencia entre nuestras opiniones y las ajenas debe estimularnos á redoblar nuestra estimación y afecto á aquel de cuyas ideas disentimos, por lo mismo que nuestra corrompida inclinación podría injustamente arrastrarnos á contrarios sentimientos; protesto que si en este opúsculo he faltado á los más escrupulosos miramientos con el autor que me propongo refutar, habrá sido sin intención seguramente, aunque espero no me habrá sucedido tal cosa, rechazando de antemano cualquier interpelación menos atenta que pueda darse á mis palabras.

Reconozco sin embargo que á un trabajo de esta especie se pega no sé qué odiosidad, que es harto difícil esquivar del todo. Coger el libro de un escritor viviente y con razón apreciado, repetir algunas de sus frases, detenerse á examinarlas, pretender demostrar una por una que se ha equivocado en casi todas, erigirse en maestro suyo á cada paso, empresa es que á la larga milagro será que no deje cierta impresión de presuntuosidad y de bajo y pertinaz litigio. No diré yo al lector, á fin de prevenir una impresión semejante: «mirad si tengo razón cada vez que me pongo á contradecir;» porque sé y siento que no basta las más veces tener razón para justificar un ataque y sobre todo para ennoblecerlo. Solo diré: considerad la naturaleza del asunto; no es esta una discusión abstracta, es una deliberación que debe conducirnos, no á recibir unas ideas secundarias en vez de otras, sino á tomar una decisión fija; porque si la moral enseñada por la Iglesia fuese corruptora, deberíamos rechazarla. Tal es la consecuencia que los italianos no podrían menos de sacar de las reflexiones á las cuales creo útil oponerme: yo sostengo que dicha consecuencia sería para mis compatriotas la mayor desventura. Cuando sobre cuestión tan importante siente uno haber formado una opinión razonada, puede hacerse un deber el emitirla; y no hay deber que sea ignoble.

Acaso observará el lector que la refutación abarca más que el artículo refutado: pero en este caso ruegole que advierta que no es mi ánimo atribuir al ilustre autor más de lo que ha dicho espresamente; sino que, como único medio para llegar á un resultado útil, he juzgado conveniente elevar la cuestión á una esfera más general, y en vez de defender en un artículo de moral solamente la parte

controvertida, mostrar la razón del artículo entero, puesto que sobre él es que importa formar juicio, y que en su integridad es menester admitirlo ó rechazarlo. Y este método lo he seguido tanto más gustoso, para que mejor aparezca que mi objeto ha sido asentar verdades importantes, y que toda la refutación está subordinado al mismo.

En una obra de gran volumen y de grande importancia notar lo que se reputa error, y no manifestar las dotes que encierra, ya que no sea injusticia acaso, me parece al menos descortesía: es presentar una cosa que tiene muchos aspectos, bajo uno solo, y aun este desfavorable. No habiendo pues de citar la *Historia de las repúblicas italianas* sino para contradecir á algunos pasajes de ella, me apresuro á declarar brevemente el aprecio en que tengo tantas otras partes de una obra, cuyo mínimo elogio constituyen las exactas y laboriosas investigaciones que forman el principal de muchas otras de su género, de una obra original sobre un asunto quizá el más trillado, y cuya originalidad está en el modo de tratarlo, tal como debieran hacerlo todas las historias, y tal como lo hacen poquísimas. Sucede harto amenudo leer en los más celebrados historiadores descripciones de largas épocas y series de hechos varios é importantes, no encontrando en ellos apenas sino las mudanzas que produjeron en los intereses y miserable política de contados hombres: las naciones eran casi escluidas de la historia. El método de tratarla, tomando por base las costumbres, la administración y los efectos de las leyes sobre los pueblos para quienes debieron ser promulgadas, este método acreditado ya por algunos escritores, se vé aplicado en aquella obra á una materia complicada y vasta, pero de bellas y felices proporciones; agrúpanse allí los hechos aproximados por naturaleza y tiempo, de manera que sin dificultad ni confusión pueden compararse con las teorías que los abarcan todos, y que son bastante amplias sin incurrir en aquella generalidad vaga é indeterminada, que si bien pone el historiador á cubierto de las críticas particulares haciendo casi imposible el descubrir los errores, deja con todo al lector en la incertidumbre de si lo aprendido es una observación verdadera é importante ó una hipótesis especiosa. Sin admitir todas las opiniones del ilustre autor, no se puede menos de reconocer cuantos puntos de política, de jurisprudencia, de economía, de literatura, han sido por él considerados bajo un aspecto, nuevo é interesante amenudo, y lo que más importa, noble y generoso; cuantas verdades, por decirlo así, ha rehabilitado, que habían caído en una

especie de prescripción por la desidia ó por la baja connivencia de otros historiadores, que hartas veces descendieron á justificar la injusticia prepotente y adularon los mismos sepulcros. El favor público dado al buen éxito ha procurado casi siempre transferirlo á la buena causa; y es tan bello ese propósito, que cualquiera, por poco que valga su voto, está en el deber de dárselo, para aumentar el número, ya que no otra cosa, de los inscritos bajo una bandera que ha escaseado siempre de defensores. Protesto sin embargo disentir del autor en todos los puntos en que él disiente de la fé y de la moral católica, ya porque la tengo por regla infalible, ya porque del exámen particular de cada punto resulta evidentemente á mis ojos que la verdad está de parte de la misma.

El que haya hecho serios y dilatados estudios sobre las santas escrituras fuentes de la moral, y haya leído atentamente los grandes moralistas católicos, y haya meditado sobre sí y sobre los demás lejos del bullicio del mundo, hallará superficiales estas *Observaciones*; y estoy bien lejos de apelar de su juicio, porque por tales las reconozco. Pueden las discusiones parciales poner en claro algun punto aislado de verdad; pero la evidencia y la belleza y la profundidad de la moral católica no se manifiesta sino en los tratados donde se considera en su conjunto la ley divina y el hombre para quien se hizo. Allí pasa de verdad en verdad el entendimiento; la unidad de la revelación aparece tal que cada pequeña parte viene á ser una nueva prueba del todo por la maravillosa subordinación que en ellas se descubre; esplicanse mutuamente las cosas difíciles, y de muchas paradojas resulta un sistema evidente. Lo que es y lo que debería ser, la miseria y concupiscencia y la idea siempre viva de orden y perfección que hallamos igualmente en nosotros, el bien y el mal, las palabras de la divina sabiduría y los vanos discursos de los hombres, la vigilante alegría del justo, los dolores y consuelos del arrepentido, el terror ó la imperturbabilidad del malvado, los triunfos de la justicia y los de la iniquidad, los humanos designios llevados á cabo al través de mil obstáculos ó desconcertados por un azar imprevisto, la fé esperando en la promesa eterna y sintiendo la vanidad de lo pasajero, la incredulidad misma, todo lo esplica, todo lo confirma el Evangelio: la revelación de un pasado, cuyas tristes huellas lleva en su alma el hombre, sin poseer de suyo la tradición y el secreto de él, y la de un porvenir de la cual nos quedaba solo una idea confusa de terror y de an-

vista tenemos; los misterios concilian las contradicciones, y las cosas visibles se entienden por la noticia de las invisibles. Y á medida que examinamos la religion, mejor se vé que ella es la que ha revelado el hombre al hombre, y que manifiesta en su fundador el conocimiento más universal, mas íntimo, mas profético de todos nuestros sentimientos. Releyendo las obras de los grandes moralistas católicos, y especialmente los *Sermones* de Massillon y de Bourdaloue, los *Pensamientos* de Pascal y los *Ensayos* de Nicole, confieso la pequeñez de las observaciones contenidas en este escrito; y conozco cuanta ventaja daba á los dos primeros la autoridad del sacerdocio, y á todos ellos su método de tratar la moral en conjunto, su gran genio, sus largos estudios y una vida siempre cristiana.

Úsase de estraña injusticia con los apologistas de la religion católica. Suele prestarse favorable oído á las especies contra ella vertidas; y luego cuando se presentan estos á responder, oyen repetírseles que su causa no tiene interés bastante, que el mundo tiene otras cosas en que pensar, que el tiempo de las discusiones teológicas ha pasado. Que no es interesante nuestra causa! Ah! tenemos bien la prueba de lo contrario en la avidez con que han sido siempre recibidas las objeciones que se le han hecho. No es interesante! y en todas las cuestiones tocantes á lo que hay de mas serio y mas íntimo en el hombre, preséntase ella tan naturalmente que mas fácil es rechazarla que olvidarla: no es interesante! y no hay siglo en que no haya dejado monumentos de una veneración profunda, de un prodigioso amor, de un odio ardiente é infatigable: no es interesante! y el vacío que en el mundo dejaría su desaparición es tan inmenso y horrible, que casi todos los que para sí no la quieren, dicen que conviene dejarla para el pueblo, es decir para los nueve décimos del género humano: nuestra causa no es interesante! y trátase de decidir si millones de hombres deben abandonar la moral que profesan, ó bien estudiarla mejor y seguirla mas fielmente.

Creen muchos que esta indiferencia sea fruto de una larga discusión y de una civilización avanzada, que es el último y mas terrible enemigo de la religion, venido en la plenitud de los tiempos á completar su derrota y á gozar del triunfo preparado en tantos combates: mas lejos de ser así, este es el primer enemigo que la religion encontró en su portentosa carrera. Rodeáronla desde su aparición los desdenes del mundo; empezóse por no creerla siquiera merecedora de exámen. En el éstasis tranquilo de su espíritu revelan los apóstoles verdades que vendrán

á ser meditacion, consuelo y luz de los mas elevados entendimientos; echan los cimientos de una civilizacion que llegará á ser europea, á ser universal: y sin embargo les llaman ebrios (2). San Pablo deja sentir en el Areópago las palabras de aquella sabiduría que ha hecho á las mugerzuelas cristianas tan superiores á los sabios del gentilismo; y los sabios le responden que otra vez le oirán (3). Creian ellos á la sazón tener objetos de meditacion mas importantes que Dios y el hombre, el pecado y la redencion. Si este antiguo adversario todavía subsiste, es porque no se prometió á la Iglesia fuerza para destruir á todos sus enemigos, sino para no ser destruida por ninguno.

Hablar de dogmas, de ritos, de sacramentos, para combatir la fé, esto se llama filosofía; hablar de lo mismo para defenderla, se llama meterse en teologías, hacer el místico, el predicador, y dar á la discusion un carácter mezquino y pedantesco. Y sin embargo es imposible defender la religion, sin justificar lo que en ella condenan, y sin mostrar la importancia y razonable concierto de lo que forma su esencia. Si queremos hablar del cristianismo, es menester resolverse á no dejar á un lado los sacramentos. ¿Qué digo? porqué avergonzarnos de confesar aquello en que reposa nuestra esperanza? porqué no rendir homenaje, en los dias de una juventud que pasa y de un vigor que nos abandona, á lo que invocaremos en el momento de la separacion y del terror?

Pero advierto que estoy empezando una defensa anticipada contra censuras que no han nacido todavía y que acaso no nacerán. Incurriera en ridículo orgullo si intentase transferir á esta obrita el interés exclusivamente debido á la causa á cuyo servicio se consagra.

Espero haberla escrito con rectas intenciones, y la espongo con la tranquilidad de quien está persuadido de que si el hombre tiene el deber á veces de hablar en defensa de la verdad, no tiene ni está en su mano el de hacerla triunfar.

(2) *Alii autem irridentes dicebant: Quia musto pleni sunt isti.* Act. Apost. II. 13.

(3) *Quidam quidem irridebant, quidam vero dixerunt: Audiemus te de hoc iterum.* Act. Apost. XVII. 32.

MES DE MAYO CONSAGRADO Á MARÍA

POR D. JOSÉ M. QUADRADO.

Idea no menos poética que loable fué la de consagrar á la excelsa Reina de las vírgenes el risueño mes de las flores. Pocas habrán sido tan felices como esta, á juzgarla nada mas que por el éxito alcanzado. No hay pequeño rincón del mundo católico en que sea desconocida, y aunque su orígene de ayer, es ya una costumbre establecida en la mayor parte de las familias que procuran armonizar sus obras con su fé, y hacer que broten sus afectos de la profunda raiz de sus creencias religiosas. En nuestros dias hemos visto introducirla en esta capital, y apenas hay ya templo alguno, desde los parroquiales hasta el mas reducido oratorio, donde tan piadoso ejercicio no se practique anualmente una ó mas veces al dia. Para servirle de pauta son innumerables los opúsculos que en diferentes idiomas se han escrito: no faltan en castellano ni originales ni traducciones; y sin embargo cuatro ó mas son los escritores mallorquines que han ejercitado sus plumas en este asunto, rindiendo á la santísima Virgen el triple homenaje de su doctrina, de su piedad y de su talento. Lejos de nuestro ánimo la idea de comparar entre sí ó de apreciar el mérito respectivo de estas producciones, que animadas de igual espíritu y cortadas por el mismo patron, conspiran todas al logro del mismo objeto.

La circunstancia, empero, de haber salido ahora á luz la sexta edicion del *Mes de mayo* escrito por el director de este semanario, nos brinda con una ocasion favorable para dedicar algunas líneas á este librito á todas luces precioso. Da además la casualidad de que el autor se halla actualmente fuera de la isla, y esto nos permite elogiar su obra con toda franqueza sin las atenuaciones y reservas á que su presencia nos hubiera obligado. Y en verdad que es digna de elogio bajo cualquier aspecto se la considere, pues que en ella trabajaron de consuno la devocion y el arte, y en el estudio y en la escitacion de los mas íntimos afectos se dieron la mano el ascetismo y la filosofía. Con perspicaz mirada penetra hasta los mas hondos repliegues del corazón humano, y con blando esfuerzo procura levantarle á la contemplacion de la soberana Señora que por su altísima dignidad resplandece en la cumbre de los cielos, y por los diversos trances de su vida en la tierra es el mas acabado modelo de todas las virtudes y perfecciones. Púedese decir que es una obra inspirada, pues que su autor, llevado de sus

juveniles bríos, no se arredró ante la difícil empresa de improvisarla y empleó en su composición poco mas tiempo del que necesitaba para imprimirla. Buscó los materiales meditando que no leyendo, y para salir airoso de su empeño no acudió á digresiones inoportunas, á retóricas amplificaciones, ni siquiera á citas y textos de respetables autoridades. Un plan perfectamente concebido y diestramente llevado á cabo es el distintivo de esta obrita, y lo que con ella se propuso su autor decláranlo estos renglones que de su pequeño prólogo transcribimos:

«Estudiar practicamente á María, unir la alabanza con la imitacion, el modelo con el documento, y ligarlos y fundirlos entre sí estrechamente, tal es el objeto de esta devocion. Nada de nuevo podemos ofrecer en el asunto, ni siquiera en el método: algun cuidado en circunscribirnos al sagrado testo, respetando los vacíos y oscuridad en que nos deja respecto de tan preciosa vida, en generalizar las lecciones á toda suerte de personas y circunstancias, en espiritualizar las prácticas cuanto es dable, en escoger y adaptar los ejemplos al objeto de la meditacion diaria, y en estraer del seno de esta los afectos ú oracion particular, parafraseando en ella un título entresacado de la letanía; he aquí el único esfuerzo que podíamos emplear para añadir un peculiar interés al presente opúsculo, que deriva toda su gloria y precio de aquella á quien se consagra.»

Tal fué el propósito del autor, y para elogio suyo y de su obra quizás baste decir que en esta se vé por completo realizada su idea. La propiedad, esmero y belleza de la forma realzan las escelencias que constituyen su parte principal. Las eminentes dotes de escritor que distinguen al Sr. Quadrado son harto notorias para que hayamos de hacer hincapié en ellas: baste indicar que en este opúsculo no lucen menos que en cualesquiera de sus escritos posteriores. Si su fecunda pluma no hubiese producido mas que el *Mes de mayo*, este solo seria suficiente para conquistarle un nombre duradero y un puesto muy honorífico en la república de las letras. Y esta asercion no ha brotado de nuestra amistad ni de nuestro modo de ver en cuestiones literarias; está fundada en un hecho incontrovertible, y es la aceptacion general que en nuestra isla y en casi toda la península ha tenido este libro, cuyas cinco primeras ediciones se encuentran ya completamente agotadas.

T. AGUILÓ.

CONFERENCIAS DE LA ASOCIACION.

EL MAGISTERIO DE LA IGLESIA.

«Estamos en plena crisis social: atravesamos un período de transicion suprema que tiene en suspenso las inteligencias mas privilegiadas y llenos de pavor los corazones de mayor aliento: una agitacion general se apodera de los ánimos: todas las clases se sienten como arrastradas á tomar parte en una lucha decisiva, y no parece sino que la sociedad, aquejada de un mal estar insoportable, aspira á sacudir el yugo que la oprime y á cambiar radicalmente las leyes que la rigen y gobiernan.» Trazado así con briosas pinceladas el estado de inquietud y zozobra, que es uno de los rasgos característicos de la época actual, el jóven catedrático de este seminario conciliar D. Magin Vidal, preguntaba: «¿Quién es capaz de plantear en términos precisos la cuestion que hoy se agita, ó deslindar los verdaderos principios que deben seguirse, en medio del enmarañado laberinto de sistemas sociales que mutuamente se repelen y contradicen? Los mas monstruosos se ven proclamados con cínico descaro, las utopias mas descabelladas, patrimonio ayer de unos cuantos ilusos, se ven seguidas hoy por frenéticas muchedumbres que esperan la dicha y el bienestar de su realizacion y planteamiento. Así la seduccion cautiva los espíritus, el mal crece en progresion que asombra y la sociedad se vé empujada al borde del abismo. ¿Quién pues sabrá esplicar el origen, apreciar la gravedad y deparar el remedio de la calamidad que nos aflige? Solo un sistema que comprenda las nociones verdaderas acerca del origen, de la naturaleza, del fin, de los derechos y de los deberes del hombre. Y este único sistema es el catolicismo. Luego es preciso oir su voz, la voz de la Iglesia cuyo magisterio es soberanamente legítimo porque le viene de lo alto, porque tiene afirmaciones contra todas las negaciones, verdades con que oponerse á todos los errores, luz para ahuyentar todas las sombras, seguridad para desvanecer todas las dudas, esperanzas inefables para calmar todas las angustias y freno poderoso para reprimir los malos instintos. Es el faro luminoso que brilla para la humanidad en medio de una noche oscura y tempestuosa.» El orador hizo observar que los males de la sociedad provenian de haberse querido emancipar de la tutela de Dios rebelándose contra su Iglesia, y que solo podria recobrar la salud volviendo á sujetarse espontáneamente á la autoridad divina. Del espíritu de independenciamiento ha provenido el daño, solo del espíritu de sumision puede esperarse el remedio. La cuestion religiosa es la mas culminante en todos tiempos y lugares, porque no solo envuelve á las demás sino que la religion es la base en que se asientan todas las sociedades. Tocó de paso algunos períodos históricos y recayendo en la época presente dijo: «¿Qué actitud deberá tomar el católico verdadero en tan difíciles y azarasas circunstancias? Deberá abandonar el campo al enemigo dando en su

pecho cabida al desaliento? Ah! no. El cristiano debe soportar los trabajos del combate porque tiene la seguridad del triunfo mas ó menos inmediato. ¿Nada dice á vuestro corazón la actitud inquebrantable de nuestro inmortal Pio IX, que fijos sus ojos en la Providencia permanece inmóvil en medio de sus enemigos, cual roca secular que no pueden conmover las embravecidas olas? ¿Nada os dice la actitud imponente del episcopado católico que adherido á su jefe, como el edificio á su fundamento, ofrece á los ojos del mundo dividido en mil fracciones el espectáculo asombroso de la mas íntima armonía, de la unidad mas perfecta? ¿Nada el entusiasmo religioso que se ha despertado como por encanto en todos los pueblos católicos, hasta el punto de poder esclamar lo que de los primitivos cristianos dicen los libros sagrados *erat cor unum et anima una*? ¿Nada os dice la augusta asamblea del Vaticano?» Estendióse aquí el orador en algunas consideraciones y concluyó diciendo: «Suspendida hoy por gravísimas circunstancias continuará mañana y se oirá la palabra omnipotente que, venciendo á la impiedad y desbaratando sus planes, añadirá un florón mas á los innumerables que enaltecen á la Iglesia, y los pueblos vueltos en sí exclamarán: verdaderamente esta es el arca de la nueva alianza deparada por Dios al mundo para la salvación de las sociedades.»

Esta noche dará su segunda conferencia sobre el trabajo el abogado D. Pedro Alcover.

CRÓNICA.

Segun noticias se atribuye al Sr. Montemar una importante y trascendental misión cerca del gobierno de Víctor Manuel, que evacuará inmediatamente que regrese á Florencia; y *La Epoca* inserta una carta de Versalles en que se lee el siguiente párrafo:

«Dicen que la cuestión de Italia toma un aspecto inquietante: M. de Choiseul se muestra bastante enterro en su actitud contraria á la traslación de la capital á Roma sin previos convenios internacionales, y el gabinete de Florencia lleva muy á mal estas veleidades prohibitivas. El nombre de España rueda en estos rumores diplomáticos, y la conveniencia de no dejar abandonada á sí misma esta cuestión, sin que alguien le siga la pista en Francia, se deja sentir en todo espíritu previsor.»

Otra carta de Florencia afirma que han causado gran disgusto en los círculos oficiales el nombramiento de los señores Choiseul y Harcourt para embajadores de Francia en Florencia y Roma, y la noticia de que en la asamblea de Versalles, de 600 hay 450 diputados partidarios del papa.

¿Qué intenta el gobierno piemontés? ¿Pretende acaso la alianza de España para intimidar á Francia?

Sobre esto todavía hay bastante oscuridad; pero una vista perspicaz puede descubrir que ocurre algo que no es desfavorable á la causa del catolicismo.

Víctor Manuel, dice una correspondencia de Roma aunque ha secundado la idea nacional, nunca se ha despojado de ciertos escrúpulos respecto á la posesión de Roma. Su esposa morgana y sus hijas políticas le dan consejos en esto se debe la repugnancia

que ha demostrado siempre á honrar á su capital con una visita oficial. Crea Vd. que abdicará antes que establecerse allí como rey.

Pero en el gabinete italiano hay un partido que quiere la traslación inmediata, que se impacienta y que se proponía trasladar ya la capital el 1.º de enero. El Sr. Sella está al frente de este partido, y dice que es forzoso activar la traslación, precisamente porque M. Thiers aconseja lo contrario á Italia, y porque se anuncia una conferencia sobre la cuestión de Roma.

Los periódicos hablan con la mayor ligereza sobre el papa. Ora le representan preparándose para evadirse, ora le ponen postrado en el lecho y en la agonía, ora le declaran por fin en estado de demencia. Puedo asegurar á Vd. que Pio IX no tiene por ahora la mas remota intención de partir de Roma, donde permanecerá mientras no se agrave la situación que le han creado, y hasta que juzgue oportuno desterrarse por segunda vez; pero á buen seguro que no revelará á los periódicos la época de su partida ni el punto á donde se dirija. Muchas de las personas que le rodean le instan para que parta, pero él ha reconocido, con el claro criterio que no le abandona en medio de sus tribulaciones y esperanzas, que 1871 no se parece á 1848, y que hay épocas en que es hábil partir y otras en que conviene quedarse.

Prescindiendo de algunas indisposiciones debidas á su complexión pletórica, á la reclusión que se impone hace ocho meses, y sobre todo á sus setenta y nueve años, la salud de Pio IX es excelente. Ayer paseó á pié por los jardines del Vaticano.

La verdad es que su inteligencia conserva toda su claridad, todo su vigor y energía. El gobierno italiano ha renunciado, segun parece, á doblegar el inflexible carácter del anciano papa. En los círculos oficiales, en el Quirinal, en los salones del Sr. Gadda, se confiesa que no se conseguirá nada de Pio IX.

Así pues se ha convenido en esperar, con la confianza de que el futuro pontífice será mas conciliador, y me aseguran que en Florencia se trabaja en las regiones del poder para cuando llegue el caso, que se cree próximo, de la reunión del Conclave. Sin embargo, es cosa resuelta ya que si el papa muere bajo la dominación romana, el Conclave se verificará fuera de Roma, probablemente en Malta.

Ya saben nuestros lectores que en las discusiones del mensaje á la corona prevaleció en el parlamento alemán el principio de no intervención. A propósito de esto dice la *Gaceta de la Alemania del Norte*, órgano oficioso del conde de Bismark:

«No podemos censurar que los católicos estén dolorosamente impresionados por los sucesos que han afectado al sumo pontífice como soberano temporal: diremos mas, diremos que á nosotros tambien nos parece que el papa, como jefe de la Iglesia católica, no puede ni debe ser súbdito de ningun otro soberano.»

Hablando luego del proyecto de garantías se expresa en estos términos:

«Falta saber si estas garantías serán aceptables, cuestión imposible de resolver definitivamente ahora. Pero lo que podemos afirmar es que la decisión tomada no afecta solo á los intereses de los católicos alemanes, sino á los del mundo entero, y que por consiguiente, su solución no puede depender solo del imperio alemán, aunque este está obligado á defender los intereses de sus súbditos católicos. El mensaje votado por la mayoría no contiene nada que pueda impedir una acción diplomática en favor de los católicos. No comprendemos, por lo tanto, por qué los diputados del centro han creído que no podían darle su aprobación.»

MES DE MAYO CONSAGRADO Á MARÍA, por D. José María Quadrado. Se acaba de tirar la sexta edición. Véndese en esta librería á 6 reales.